mirada; Stekelman, el dibujante, que ha hecho del dibujo *un medio* de expresión individual.

Pero a partir del instante en que nosotros devolvemos la mirada, esas imágenes se convierten en *el fin,* en el telos de la expresión misma; y el dibujo es telos porque nos provoca, permaneciendo en una actitud inconmovible, para que nos acerquemos dispuestos a deleitarnos en la contemplación, y con el diálogo que se inicia.—Osvaldo López Chuhurra.

NOTAS SOBRE LA POESIA DE CARLOS PINTO GROTE

Carlos Pinto Grote nació en 1923, en La Laguna, ciudad universitaria de la isla atlántica de Tenerife. Es neuropsiquíatra, menester científico que cura el alma a través del cuerpo y el cuerpo por mediación del alma. En la psiquiatría se juntan, quizá más que en ninguna rama del saber, los dos componentes de la misteriosa unidad inescindible que constituye la criatura humana —microcosmos en el Universo—: materia viviente y espíritu racional individuados. Filosofía y ciencia rigurosa —el enfermo habla, no es sólo el paciente de la semoviencia cuadrúpeda—, solidaridad en el dolor, intuición y compasión, poesía y religiosidad, se aúnan en el noble oficio de Carlos Pinto Grote. De un modo u otro, todo médico es poeta, aunque no lo exteriorice en verso, porque busca la felicidad en la salud del prójimo: no se puede ser feliz entre desgraciados, señor entre esclavos, sino entre iguales.

Carlos Pinto Grote, profesional consolidado y brillante, magnífico poeta, es isleño. A la raigal soledad humana que descubre la conciencia humana añádese el aislamiento ambiente. Pero ni soledad —distinción del solo, del único—, ni aislamiento —separación física o geográfica— supone encastillamiento, monadización, sino condición humana y contorno, es decir, dos factores más de concienciación, de saber de sí y de los demás, de los otros que dan testimonio del uno: soy por ti, eres por mí.

La isla de Carlos Pinto Grote imprime carácter: Tenerife es un nido acunado por el Atlántico, un lugar preservado durante siglos del contagio y diálogo extraños, un andar sumido en ensimismamiento: en lo guanche. Quiero decir que el isleño suele estar menos adulterado, alterado por mezclas que los nacidos en los cuatro caminos de la

Historia, signados por seísmos de muy diversa tipología moral y combatiente.

Creo que estas caracterizaciones son necesarias para aclarar la poesía de Carlos Pinto Grote: intelectual inteligente, culto y científico —no mero especialista—, hombre de sensibilidad y raíz meditadora y soledosa: humanista. El isleño que no tuviese noticia del resto del mundo tendría la sensación religiosa —entre temor y admiración—, de lo infinito rodeando su parcela. Análogo sentimiento posee el hombre que cae en la cuenta —el aterrado, exiliado en la Tierra, isla entre los planetas perdidos en las galaxias— de que su razón es otra isla circundada por inconsciencia e irracionalidad ilimitada. Hay más que nosotros, más allá de nosotros: no estamos solos aunque aparezcamos confinados en soledad y distancia. Eso ha intuido y proclamado siempre el poeta desde su soledad, inscrito en la isla racional o personalidad, sintiendo compresencias que no se ven, condicionantes, que ionizan el aire: de isla a isla humana hay puentes de verbo y amor.

Carlos Pinto Grote, por tanto, estaba destinado a la poesía. (El poema es fruto real de un árbol de misterio: la poesía contable es solamente la de los poemas, que nacen, crecen, viven y mueren como seres vivos.) Pero al mundo poético, al poema no se accede por la sola vía racional o por el automatismo psíquico: cuantos más elementos humanos contenga, será rico en mayor medida. Tampoco se llega al alma —centro motor de salud o desequilibrio— de modo palpable, no se la tiene al alcance de la punta del bisturí como un órgano corporal, pero se la percibe alentar en la fisiología, resultando cuerpo y alma, fondo y forma del ser vivo, su perfección o su mengua. En la materia palpita el espíritu: el espíritu no se da sino en la materia, no es algo desasido y enteléquico. También en el verbo está la significación, y sin palabra no hay forma de expresar ideas o sentimientos comunicables.

En principio, la poesía de Carlos Pinto Grote es lo que le está pasando a un hombre que tiene conciencia de sí, de su tiempo y de su mundo: de su situación histórica, de su individualidad. De esa isla de lo humano —uno— ha pasado a solidaridad, a comunicación con los otros mediante el poema, que no es, en Carlos Pinto Grote, crónica narcisista o anécdota privativa —entonces no la entenderíamos, no tendríamos lenguaje común—, sino experiencia que acumular a la experiencia del género humano.

Dentro de lo lírico —lo que le pasa a uno expresado poéticamente—, la poesía de Carlos Pinto Grote, por nacimiento y vocación, por cultura y talante, es de signo existencial: lo que le acontece —o se advierte— a una existencia lúcida y capaz de expresarse: a un hom-

bre poeta, de múltiple valencia y talla, como su mar inmenso, herido por luces cambiantes. El mar, la interiorización, el buceo en lo abisal psíquico, el amor a la tierra, a la sangre, a la mujer, al dolor y esperanza de su tiempo —junto con la distinción guanche— forman los varios aspectos de la poesía de Carlos Pinto Grote, tocada de misterio en el flanco, con sangre de verdad y de necesidad: importante, en suma, no seco ejercicio de vanidades o preceptivas para ganar notoriedad o fama, buscadora de seguridad y de justificación. Este hombre honesto —el dato es revelador para mí: de lo que se vive se canta, pues la poesía también es la gran experiencia—, de entusiasmo ordenado, de gran capacidad trabajadora, siente la amistad —«Amistad: / Patria mía...», dice en *Siempre ha pasado algo*—, lo que proclama su cordialidad a más de su racionalidad: es culto y sensible, activo y meditador, generoso de tiempo y de trabajo. En el mismo lugar donde proclama su patria —la amistad— dice el poeta entrañabilísimamente:

Amigo mío:
Gracias por tu amistad.
Estaba solo.

El tema no es accesorio o momentáneo en él. Carlos Pinto Grote, en ese poema al hombre en el cosmos, a los vuelos espaciales —el héroe sin nombre, el más barato de los componentes de la aventura—, que es *Como un grano de trigo,* inquieto y esperanzado, dice:

Su patria: la amistad.
Su nombre: hermano.
Un héroe sin nombre que ponerse
ha de encontrar su nombre en el espacio.

En *Sin alba ni crepúsculo* se lee:

Siempre el amigo
da claro testimonio de que existimos.

Carlos Pinto Grote es un ejemplo de humanidad bondadosa por amor y conocimiento. ¿Es absurdo, por tanto, que dé buena poesía, estremecedora poesía herida de inquietud y claridades? Carlos Pinto Grote —con su vida y con su obra: su vida es su trabajo, su casa, sus versos y sus prosas, su amor y su amistad— hace que sea respetable el hombre y sus tareas. En los ojos del poeta hay una luz inteligentísima que ve a través de los silencios, las formas y las composturas. Y todo subrayado con una risa limpia y permanente, con la que a veces se enjuga una sangre dolorida. Hombre de pasión serenada, de cultura vital, de vitalidad humanizada y humanizadora, Carlos Pinto

Grote defiende con su ciencia y con su poesía al hombre, le acompaña en su lucha por libertarse de fantasmas: la selva primitiva, la selva subconsciente.

Carlos Pinto Grote empezó desde muy pronto a escribir poesía y a publicar en la revista *Mensaje,* que dirigió su padre: Pedro Pinto de la Rosa, jurista y caballero, hombre bueno y ejemplar, poeta cumplido en su hijo. Laura Grote, su madre, es una dama tinerfeña de señorío y carácter, promotora de vida cultural, a quien el gran poeta Pedro Lezcano dedicó un libro envidiable de clara poesía: *Consejo de paz,* de tan noble destino.

La obra poética y literaria de Carlos Pinto Grote —sin contar artículos no recogidos en libro, conferencias y trabajos científicos— es ya muy abundante. Ha publicado ocho libros de poesía hasta el momento: *Las tardes o el deseo* (1954), *Las preguntas al silencio* (1956, año en que aparece, asimismo, su patético y solidariamente humano libro *Elegía para un hombre muerto en un campo de concentración,* como lo pudimos ser todos los hombres), *El llanto alegre* (1957), *Muda compasión del tiempo* (1963), *Siempre ha pasado algo* (1964), *Como un grano de trigo* (1965), *En este gran vacío* (1966) y *Sin alba ni crepúsculo* (1967). De la prosa de Carlos Pinto Grote —el buen poeta es buen prosista, aunque no sea tan cierto lo contrario— dan idea muy alta *Las horas del hospital* y *Cuatro sueños extraños,* ambos de 1956, recogidos en un solo volumen —*Las horas del hospital y otros cuentos*— en 1966. Los *cuentos* o *sueños* están sacados de su trabajo sublimado de neuropsiquíatra, y revelan zonas abisales de la mente humana, entre kafkianas e historias clínicas, estados *absurdos,* como los del autor de *El proceso,* cuando se rompen conexiones sociales o psíquicas por enfermedad de la nación o del individuo. *Las horas del hospital,* de un hospital de mujeres psicóticas, del paso del tiempo enfermo, del dolor del prójimo que se instala en la salud y en la sensibilidad del médico, son estampas que supuran el devalimiento de la criatura humana disminuida por la enfermedad y donde se proclama la grandeza heroica y nobilísima de la medicina no industrial, del ejercicio sagrado de la medicina. ¿No compensa más arrancar de la locura para la salud y la alegría a una enferma que tallar un poema? Porque ahí —en cualquier trabajo concreto que sirve al prójimo, que le *salva* o le recupera para sí y para la sociedad— el hombre se siente justificado, *ve* su esfuerzo y su fe compensados. El poema es una semilla lanzada al albur, que no puede satisfacer seriamente, porque no sabemos que valga para nadie. Y lo que no sirve a nadie no sirve para nada. ¿Estamos echando humo sonoro por el poema? El poeta tiene pocos motivos reales de satisfacción. ¿Trabajamos, por eso, en otras cosas *res-*

petables —que se llevan y cotizan socialmente— para sentirnos como los demás y con derecho al cántico? ¿Hay que merecer el cántico igual que se gana el pan? Ser poeta sólo es poca cosa. El poeta, ya desmitificado, es hombre entre hombres, apeado de un Olimpo de vaguedades y gatos pardos, para no quedar en histrionismo y juglaría.

Del ahormamiento culto de Carlos Pinto Grote nos dan idea sus lecturas confesadas de poesía —a más de sus títulos universitarios—, en las citas ajenas donde expone su admiración y analogía, origen y continuidad: Rilke, Antero de Quental, Saint-Exupéry, Job, Rosales, vizconde Del Buen Paso, Cernuda, Altolaguirre... Pero en Carlos Pinto Grote operan unos fondos originantes: la poesía española y europea de más calidad y consonancia con su temperamento, gusto y profesión: la poesía de lo oscuro y subconsciente, que en buceos dolorosos y arriesgados se saca a luz en el poema, se excarcela de las profundidades abisales del ser humano. Carlos Pinto Grote no es un contador de anécdotas, sino un trabajador de esencias, con la varia fortuna que deja a cada cual el vivir suyo y el de la comunidad, según prueba ejemplarmente ese poema que empieza así:

Todo está cuando vienes.
Tan sólo traes el llanto.
Ni siquiera tus ojos ven la luz inmediata.
Eres sólo una carne que late y que se muere.
Eres un corazón que se desata.

Y en verso grave y hondo, que apunta a la tradición y al límite, dice:

Te edifican los otros.

Para terminar estremecidamente:

No habrá cambio. Las olas
tienen la misma espuma
y nacen sin motivo y mueren sin motivo.
Así es la vida, así
como las olas.

¿Cómo puede ser el hombre él, tan condicionado? De todas formas —la ciencia no tiene respuestas consoladoras, aunque explique lógicamente—, ¿no es prodigioso caer en la cuenta de que se está aquí, de que se es de momento, por ahora, aunque en temblor, y que en nosotros late un punto el Universo? ¡Maravilloso, sorprendente, desgarrador verse como propio y ajeno, en sí y determinado sin la voluntad propia! Por eso todo es sagrado: aunque parezca igual y lleve el mismo nombre, nada es lo mismo, ni la flor, ni el beso, ni la ola,

ni esa sombra pasajera o terca que nubla el corazón, ¿ya para siempre o hasta cuándo?

En *El llanto alegre* —«dispar, disarmónico y descoyuntado, como el llanto y la rosa», se nos dice desde el autor— se canta «a las cosas pequeñas»:

A esas cosas que nos rodean,
logradas para nuestra manera
de mirar, de oír,
fabricadas por nuestro tacto,
sazonadas por nuestros labios,
dadas así, en forma
de una palabra
para nuestra garganta,
pero siempre en un tono menor,
humildemente.

Intimidad, cotidianeidad, humildad —en sentido de ver el milagro en lo sencillo y diario, lo que sacraliza lo mínimo al teñirlo de personalidad—, confiesa el poeta que preside su quehacer en *El llanto alegre*. Afortunadamente, la bondad del poeta le engaña al calificarse: su libro no es dispar, disarmónico o descoyuntado, de no serlo en el sentido en que lo es la vida, con hiatos y mezclas mareantes que ordena y unifica el arte: la vida es múltiple en la anécdota y una en la fluencia.

Por entre los versos de Carlos Pinto Grote en *El llanto alegre* corre un aire puro, luminosísimo, saliniano —sal de mar y perfume de Pedro Salinas en el versolibrismo y en la pureza de dicción—. Como la flor, como el trigo, es decir, naturalmente —desde su ley inesquivable, llamado desde su manantial—, canta el poeta. Su verso no es de primores formales, retóricos, y sí de vena abierta, oleaje marino, vaharada de campo regado, de asombro ante lo milagroso de todo: ese visillo que mueve el viento y le confiere lenguaje, ese recuerdo que deja una ausencia querida en el sillón, esa voz que se pone a decir en la letra impresa, esos pasos amados que suenan en la habitación contigua, o los gritos de los niños —la sangre prolongada— en el jardín. Cotidianeidad, eternidad. De humilde materia de siempre es el canto, la presencia y compañía, la voz que nos desnuda en estos poemas. «La sencillez», «El llanto» y «El amor y otras cosas» son los apartados, muy significativos, de *El llanto alegre*. El poeta recibe su dolor con su vida, otorgada desde más allá de su voluntad. Y consiente en la vida como acepta la muerte:

Si me tengo que morir,
porque es fuerza que me muera,
quiero verte sonreír.

Y si mi mano se enfría,
porque es fuerza que se enfríe,
sonríe siempre, sonríe.

Un son popular, tradicional y culto —vahaje de siglos—, juguetea en unos versos a los que la gracia exonera de pesantez y la risa de sentimentalina. Ante el paso final, el poeta pide humildemente:

Limpio y ligero. Si puede ser, de pino
con una cruz sencilla, con una cruz pequeña
y una dulce canción para el camino.

Si puede ser.
Quisiera descansar la cabeza en la almohada
que recogió mis sueños,
llena con el olor a madrugada
de su cuerpo.

En *El llanto alegre* —como si se dijese a la vida: «Hágase tu ley en mí»— está la cotidianeidad trascendida de lo que nos hace y nos deshace: la gracia, la muerte, la belleza, el llanto, la soledad, la niebla o la sonrisa. Hay vida, expresada en un claro verso de agua transparente, de modo tan sencillo —difícil perfección— que, como ante el cristal invisible, tenemos que reparar en su existencia. La de Carlos Pinto Grote es poesía que no se empina ortopédicamente sobre zancos musicales, sino que susurra becquerianamente, como nos dice esa flor caminera al pasar, o se nos adentra la mirada sonreída del niño desconocido. Aunque a veces —el poeta tampoco levanta la voz— el canto se carga de angustiadas certidumbres, tal como en ese gran poema que empieza:

Todo, todo ha caído
en esa zanja abierta
junto a la última pared,

zanja enriquecida de hombres que no debían estar muertos:

Aquí están las respuestas.
Cerca de esos casquillos vacíos de las balas,
muertas como los muertos,
terriblemente frías.

Ante poemas así, no gritamos, pero nos contraemos, se nos disminuye el esqueleto, respiramos peor, el corazón se hace de plomo.

Muda compasión del tiempo —1963—, a los cuarenta años del poeta, toma título de un verso del vizconde Del Buen Paso, poeta ilustrado. Como casi todos los libros de Carlos Pinto Grote, está dedicado

a Delia, su musa de carne y hueso, su mujer. Este dato no es baladí. Carlos Pinto Grote es un hombre moral, a más de todos los demases, que sin él se quedan mutilados y faltos de peso humano específico. *Muda compasión del tiempo* —por un despiste tipográfico, sin índice— está escrito en tono manriqueño: la vida fluye, sigue, y en los mejores casos —¡fuente de melancolías!— deja una obra, unos hijos que van a dar en pasar, que es el vivir, y con todo el conocimiento:

Y un vivir al otro sigue,
sin comprender es la vida
muda compasión del tiempo,
sin sentir como yo siento,
que la vida se me escapa,
sin mentir, como me miento,
pensando que con la muerte
esta angustia se me acaba
y sospechar que la nada
tiene los brazos abiertos.

Esta angustia temporal —no desespero—, esta *herida del tiempo*, mana serena poesía, asombrado ver y sentir sin llegar a conocimiento o ignorancia bastantes para la felicidad:

Pido a Dios que exista. Quiero
tener un alma cualquiera,
y así esperar lo que espero,
semilla en la sementera
que no pregunta y espera.
Esperar es lo primero.

Aquí el mejor son popular con fondo de guitarras se echa a cantar para espantar el mal. Y en otras partes del libro se arranca por *soleares* muy sabrosas y sin decepción, acuñada sabiduría que airea el versicularismo con tranco profético. Así sólo canta el que ha vivido y sabe cantar, el que vive y sigue su vía despierto, a veces serenísimo de tan desesperado por torcedores metafísicos, no de carencias inferiores e inferiorizadoras: dolor de haber perdido las alas y encontrarse amarrado a tierra, a caducidad:

Voy de la piedra a la nada,
del mar a la tierra vengo.
Con la espuma
y en el aire me sostengo.

Del caracol a la brisa
me sé el camino.
El tiempo no tiene prisa,
juega conmigo.

¡Me da una pena!
A la piedra y al tiempo
llaman arena.

A veces semeja como si el poema de Carlos Pinto Grote se colocase bajo el ala nihilista, por urdimbre filosófica, por exceso de saber, por buen navegante de la psicología y de la materia. Pero no hay peligro: está muy anclado en religiosidad, muy religado a los orígenes y a los fines: a Dios, al Dios desconocido al que clama un corazón que no se basta a sí mismo, que encuentra su fundamento fuera de él, en una trascendencia comulgadora. (El Dios al que dedica su *Cancionero* Unamuno, a quien los griegos erigieron un monumento en Atenas, según cuenta San Pablo, quizá porque a aquellos hombres no les bastaba ya la filosofía. También Antonio Machado dijo: «Quien habla solo espera hablar a Dios un día.»)

Una de las secciones de *Muda compasión del tiempo* se titula «Niño. Hombre. Dios», tres estadios de personalización, de madurez y de sentir los límites. A pesar de eso:

He despertado con un corazón recién nacido
que mira y toca el mundo novísimo.

Por el niño se accede al hombre, que:

Viene de un mundo que no conoce.
Él tiene miedo: Eso le basta.
Se le murieron los profetas
el día de su primer llanto.

Y el hombre se rebute de dudas y tensiones cuando sale de lo geobotánico y pueril a la hombría, y se alza a Dios a pedir luz o se va desgarrando por dentro para buscar salida a su congoja.

Toda esta problemática, hecha alta poesía, huracana, volcaniza, da maretazos de asombro y amargura en los poemas de «Niño. Hombre. Dios», de *Muda compasión del tiempo,* donde se preparan los tres grandes poemas de Carlos Pinto Grote: *Como un grano de trigo* —el menos logrado a mi ver—, *En este gran vacío* y *Sin alba ni crepúsculo,* después del paréntesis de *Siempre ha pasado algo,* con poesía humanísima —«Llamarme guanche», por no único ejemplo—, pero sin la airosa arquitectura y unidad de los libros siguientes.

Muda compasión del tiempo termina con una larga sección —«Poemas sin importancia»—, mal titulada, pues los poemas recogidos tienen calidad poética, tono cordial y testimonio, que nos dicen mucho del hombre y del poeta:

Dejadme en esa plaza, en ese pueblo
—sombra de los laureles—, en un banco,
hablando de las cosas que se dicen.

Y no por ruralismo o poquedad de ánimo, sino por estar cerca, rebozado de lo auténtico y natural con nombre y apellidos. El tema vuelve en «Réquiem por una plaza de pueblo», en el manojillo de versos —un buchecito de agua clara— de *Siempre ha pasado algo.* Frente al leonfilipino «romero, sólo romero» —dos maneras de ser: itinerante o arraigado—, Carlos Pinto Grote pide:

Quedarme aquí.
Es de noche. Voy a dormir.
¡Con Dios, don Pedro!
Mañana...
Quedarme en esa plaza, en ese pueblo...

En la plaza —¿«¡Con Dios, don Pedro!», era el saludo de sus convecinos al padre del poeta, también poeta, culto y hombre bueno?— o en esta playa, pues Carlos Pinto Grote ha visto el mar desde siempre:

Quedarme en esta playa, en esta arena.
Pasar el tiempo, contemplar la espuma,
hacer las redes y limpiar las barcas.
Estar oyendo el agua, ver las nubes.

Con andadura de León Felipe en lo formal del verso —aun en los tuétanos tienen semejanza de hombres abiertos, de más fieles al sentido que a la vestidura— nos dice el poeta:

Que suba la marea.
El tiempo es lo que viene,
y se arrugan las manos.

Quedarse en esta playa,
sestear a la orilla
de la mar que me trajo,
de la mar que me lleva.

Y no por entregarse, por ninguna muerte de la voluntad —noluntad—. Porque vivir resulta mirar. Como en el decir de Góngora, el hombre tiene el «sabroso oficio / del dulce mirar». O dicho magníficamente por Carlos Pinto Grote en un verso campaneado de sabidurías alejandrinas:

Contemplar es oficio de poetas y dioses.

En estos poemas, titulados malamente «sin importancia», hay ventanas por donde mirar los entresijos complejos, problemáticos, con amor y renuncia del poeta, tocado de angustia existencial, de esa kierkegaardiana nada —¿por qué no de la padecida «Cueva de la nada» del anticipador Gracián?—:

Esto es pasar.
Desde el llanto al silencio.

Llamas vivir
a lo que hay en medio.
Esto es pasar.
Vienes de alguna parte
y a otra parte vas.

Dices: «La vida.
Esto es la vida.»
Y dices muchas
cosas más.

Te equivocas.
Esto es un paso
entre llanto
y silencio
nada más.

Carlos Pinto Grote se desdobla en su poesía, y desde el aquí y el ahora apresa en palabras rimadas y justas aquel hombre que era en la caverna junto al fuego. («Pienso en la Edad de Piedra de mi frente».) En un poema originalísimo, canta a los insectos necrófagos —de tan sonoros nombres inventados— que descarnan y vuelven el polvo al polvo, echan leña a la hoguera de la nada, que acabará por llenar el espacio y el tiempo.

Poesía preocupada, nutrida con dudas y esperanzas, intuir en la niebla racional unas luces que no acaban de amanecer en tranquilidad. ¿Acaso no es la vida un reconcomerse, un buscar salida que no da sino a la muerte, el gran enigma o la solución de la fe asumidora en Dios, o de la negativa fe nihilista? En esta rumia, Carlos Pinto se emparenta con el desgarrón unamuniano. También como él, aparta a manotazos la magarza retórica para desnudar el sentido. Carlos Pinto Grote es un hombre bueno y trabajador —¡ya hace falta ser bueno para trabajar entre la indiferencia y el desprecio de los tocineros!—, sereno y cordialísimo a pesar de las quemaduras de su poesía y de su tensión de muelle contenido!

Y el hombre sabe que sólo él
es el tiempo del tiempo.

Pero este hombre universal, tañido de preguntas sin eco y sin respuesta, este pensamiento escocedor, también vive, convive con sus raíces. Así, en un enrabietado y sangrante poema —«Llamarme guanche», de *Siempre ha pasado algo*—, el poeta añora su soledad, su lengua, sus libertades primarias y primeras. Y las viejas palabras sagradas del idioma sofocado —habla y lengua— vuelven fieles al pulso y al poema, mordidas, comulgadas:

Tallar con la tabona
en una añupa larga.
En cada beñesmén
recoger de la tierra
yrichen, yayo, tano,
beber ahof de hara.
... ...
Llamarme guanche.
Enterrar a mis muertos en paz.
No saber nada.
Que el mundo se limite
al Norte en un volcán,
alrededor la playa.

Como un grano de trigo es un poema con unidad temática mantenida. Trata de los viajes espaciales, de la posibilidad científica como siembra de futuro, de los astronautas. ¿Estamos poniendo un grano de trigo fecundo, el pan fraterno para mañana en el espacio? ¿Qué hay de terrorífico y genial en la ruptura por el hombre de su confinamiento millonario en la Tierra, grano de energía perdido en el Universo? ¿Qué nuevos problemas plantea para el futuro el acortamiento del espacio por el aumento de velocidad? Porque detrás de estos prodigios científicos el caso es que el hombre tiene miedo, hambre y soledad: la ciencia no está trayendo, de momento, el amor, sino la comodidad para algunos; la ciencia se ha tecnificado. Y no por culpa radical —«quien añade ciencia añade dolor»—, sino por encaminada a fines de Poder. *Como un grano de trigo* incide en la nueva épica del espacio, tema tentador para cualquier poeta. Pero ya sabemos lo que han traído todas las conquistas de la fuerza, del valor o de la potencia: esclavitud y dolor, dolor, dolor. Hay que inventar, osar, desvendar el misterio de las leyes de la naturaleza, mas al servicio del hombre. De otro modo nacerá nueva esclavitud: ya empieza por ser un esclavo distinguido el científico. En las naves espaciales puede viajar una nueva esperanza, aunque también su vientre es capaz de albergar la energía termonuclear para remachar cadenas, servidumbres e inhibiciones cobardes. Por eso el poeta de *Como un grano de trigo,* advierte, ruega. Cuanto no traiga más libertad, solidaridad, felicidad, en suma,

vida a la medida del hombre, es peligroso, achicador. El corazón se jibariza con el miedo, la persona se impide con el hambre, el hombre se bestializa en la soledad forzada, se entigrece en la injusticia, se animaliza en el rencor y en el cerco.

De la angustia existencial —«También en el amor crece la nada»—, aunque sin desmelenamientos ni sentimentalerías, nos habla el libro de Carlos Pinto Grote, *En este gran vacío,* de título sobrecogedor y expresivo. En la nota editorial presentadora, muy equilibrada y al tanto, se nos dicen palabras inteligentísimas. Naturalmente, la poesía no es reductible a glosa o a exposición prosificada, porque en estas faenas sufragáneas se va el perfume poético como desaparece el vuelo en la mariposa disecada. «*En este gran vacío* —se nos dice, y suscribimos— es un libro en el que el poeta medita sobre la nada y la existencia, en parigual manera. Libro grave y desasosegador, con una honda esencialidad lírica, tiene un tono auténtico y legítimo. Su objetividad interpreta estados anímicos susceptibles de hallar eco en muchos seres. El reflejo existencial de este libro se acusa desde los primeros poemas y, en algunos de ellos, el tema preocupante del *otro* —no porque su aparición suponga una merma de *mi libertad,* como en Sartre, ni aun porque el *otro* venga a *desolidarizarme,* como en Ortega—, aparece como un caer en la cuenta de la terrible incomprensión en que vivimos, de lo extraños que mutuamente somos y, no obstante, de la infinita exigencia de solidaridad entre los hombres. La única salvación está en el amor, en el cuerpo amado, tangible y nítido, que nos da la comprobación más segura de la realidad.»

Estos juicios valen para la obra entera de Carlos Pinto Grote, como anticipamos. El poeta tinerfeño es un poeta de hoy, de nuestra encrucijada histórica, en el filo más agudo de la mayor crisis del hombre sobre la Tierra. Vivir ha sido siempre aventurado y peligroso, mas quizá nunca tanto como al presente, cuando la seguridad posible es máxima comparada con todas las edades. Al hombre que sabe, que ve y entiende, le aviva las ascuas, se las encarniza el sentir y el trascender del poeta. Así en Carlos Pinto Grote, quien por más saber, siente mayormente sus limitaciones, sus aprisionamientos y necesidades, pasadas las fronteras de lo fisiológico. Por algo arranca —no a la desesperación, al amor— el poema de esta manera:

Jamás he escrito un libro
con menos esperanza.
Nadie me ha dicho nunca
las cosas que me digo.
No me importa que el otro
no entienda mi palabra.

(En la vida me quedo,
por mi camino sigo.)

Pero sí estoy seguro
de todo lo que siento.
Me pasa a mí y me basta;
yo lo sufro y lo vivo.

Si hay alguien que comparta
estas cosas que pienso,
seremos dos. Iremos
por el mismo camino.

En lo que se equivoca el poeta es en que nunca haya escrito con «menos esperanza». Un desesperado no escribe, incluso ni se lamenta. Ha querido decir, dice, para nosotros: nunca, por ahora, he escrito con más dolor, más en carne viva de conocimiento dolorido. No sería poeta si no esperase en la desesperanza, a pesar de las más convincentes razones lógicas. Sube la niebla, se espesa en torno, pero detrás pían los pájaros del alba. Quema el suelo los pies descalzos, mas en el jardín cantan los niños, los hijos, y el futuro promete —garantiza— sus cosechas. Aunque no valga hacerse ilusiones, es lícito hacerse realidades, siempre milagrosas, aun en el dolor, si tenemos tiempo y sentido para compadecernos, para advertir el prodigio de este acontecer al que aún no encontramos sentido, por más que le tiene, no obstante el dictado de la fatiga, de la soledad, del miedo, de la injusticia. Pero eso es la niebla, el gran vacío que debe aclarar el amor, que llenar la compañía y justificar la obra cumplida. También este gran vacío es un bache del corazón, y el instante eterniza, falsamente, la vida total. Mas el bache se pasa, si bien deje cicatrices, como todo atolladero. Vivir, asimismo, es un acto provisional, un desgaste que revela la muerte, duración ilimitada. De todas maneras, bajo la negrura real o nacida de las ciénagas del subconsciente —¿por qué no de la luz?—, nada se pierde cuando se canta, cuando se hace verso la pena, como nos mandó Goethe, quien por la razón más cultivada advino a luz y gracia.

En este gran vacío, hermosísimo libro de poesía, se resuelve una crisis de soledad, un estirón al hombre más completo del poeta. De crisis análogas, de semejantes ahogos se nutre la poesía más cabal. El propio poeta nos lo dice:

Estoy tan solo,
que no sé si estoy.

Nunca se está solo cuando se anda acompañado del fecundísimo dolor, que nos hace caer en la cuenta, que nos ensimisma y cuece en

nuestra propia conciencia: que nos quita crudeza y pone a punto. De felices no hay nada escrito, me gusta decir para ahorrarme muchas explicaciones. La felicidad no es la patria del hombre completo, porque siempre nos dolerá algo dentro o fuera —o en los dos frentes principales, tan subdivididos y multiplicados— mientras no nos haya resecado, dejándonos arcillosos y quebradizos, el egoísmo o la inconsciencia. Me duelo —y lo sé—, luego existo. Me doy cuenta de mi dolor o de mis amputaciones —o me solidarizo con los ajenos—, luego soy. Y ser no resulta otra cosa que identidad con la propia naturaleza humana.

Y sabes que en el fondo
algo no deja sonreír,
algo que pasará
quizá mañana mismo.

Eso es lo cierto, aunque el poema siguiente arranque patéticamente:

Sin esperanza.
Guardando en las costuras de la piel
un poco de recuerdo.
En la memoria, nada.
En el tiempo, tampoco.

Aspero caminar del poeta por *En este gran vacío,* peligrosa cuerda floja, túnel desesperante, palpar a ciegas. Pero

Ayer se abrió una rosa
y la contemplo viva.

Me basta sólo eso:
Aquí me quedaré.

Basta eso —quedarse aquí— para que amanezca la esperanza. Esa es la decisión del hombre, lo demás corre a cargo del tiempo.

Porque hay que aprovechar la coyuntura
y abrir el corazón
que a lo peor se cierra cualquier día
en el instante mismo
que la palabra amor *iba a decirse.*

Es verdad cuanto ha padecido el poeta *En este gran vacío,* donde consume la desesperanza, la soledad ahoga, la nada es insalvable. Pero ese momento, esos días, o meses, o años no eran toda la verdad. Hay unos «ojos verdes amantes» —la esposa—, los hijos, la amistad, para que el corazón vuelva a su trote alegre y mañanero, no a un tonto mentirse paraísos, sino hirientes realidades que provocan sangre ena-

morada: aunque pasemos, necesitamos ser inmortales. Y esta necesidad no es caprichosa, porque lo somos un momento —la vida— en el amor o en el verso. Por nosotros no quedará, aunque la ley no pueda hacer excepciones: se nos matará amando, con luz o protesta, con llanto o canción, pues son muy diversos y ricos los relumbres del amor, siempre obra, acto que va del uno al otro, trascendencia.

Sin alba ni crepúsculo —en verso de Cernuda— es, de momento, el último libro poético de Carlos Pinto Grote. Muy acertadamente lleva un subtítulo: *Poemas para después.* El título alude a la pura intemporalidad —el tiempo es una invención del hombre o una secreción humana: sólo hay tiempo histórico—, para después de muerto. O para todo ese trámite que comienza con haberse muerto y echado al olvido —el gran muladar donde todo se transforma—, a la tumba, de la que regresa el espíritu del muerto para mirar a otra luz, *sin alba ni crepúsculo,* lo que fue su habitáculo, su cotidianeidad, su sangre propagada, sus tareas terrenas. Más que «poemas para después», es un poema unitario con facetas temporales, al igual que *En este gran vacío* o que *Como un grano de trigo,* los dos poemas en sentido de unidad por tema y desarrollo, aunque divididos en *poemas,* con entidad por sí, numerados y sin título o con el título inicial del primer verso: capítulos, estrofas, apartados, escenas, tiempos de un proceso que aparece, se desarrolla y se cierra a modo de drama con protagonista único: el hombre, en quien para que tenga validez, salvado lo particular, tenemos que vernos representados y compadecidos los demás. Si el caso del poeta no nos llega, carece de sentido para nosotros, lo que a veces no quiere decir que falle el poeta.

El poema que abre *Sin alba ni crepúsculo* nos da un tono de melancolía verdadera:

Y si en los otros se ha vivido,
vives mientras los otros vivan.

Esto no alcanza nunca muchos años.
Tal vez un poco más
si escribes unos libros
o se convierte en genio aquel amigo
que un día te pintó tal como eras.

Pero no hay más.
Después el tiempo pasa
y te crece el olvido.

Una calle quizá lleve tu nombre.
Alguien preguntará por qué se llama.

Y no habrá más.
Nadie crece otra vez.
Nadie perdura.

En *Sin alba ni crepúsculo,* como *En este gran vacío,* el verse se va quedando en puros huesos de verdad, sin adornos, exento de la turgencia mollar de una imagen. Leyendo sus poemas entrañables se me ha renovado un verso excepcional de Rubén: *De desnuda que está brilla la estrella.* Así la dicción pintogrotiana en este magnífico poema, que da la medida de un poeta de verdad e importancia. La materia poética se esencializa y logra una sencillez ahondada de la mejor ley. Por fortuna, la poesía tiene infinitas manifestaciones, y ésta de *Sin alba ni crepúsculo* es una de ellas, personal, íntima, culta y sencilla, sin garrulería aparencial ni rimbombancia orquestal: es poesía de cámara, para cuerda cordial, en voz baja becqueriana que deja perlado al lector de su rocío sensitivo, con el estremecimiento de lo auténtico. Los poemas largos de Carlos Pinto Grote —como los cortos, por otra parte— se podrían contar. Pero ello nos dejaría un esquema cerebral y muerto. Hay que leerlos enteros, dejarse calar por su cordialidad convivida, permitirles que echen raíces y den cosechas a su tiempo. La poesía de Carlos Pinto Grote no es avasalladora de entrada, asombrosa, sino humilde y con rubores, mas luego prende, se hace consubstancial en la sensibilidad lectora. Y es que su rumia es la de los hombres desasosegados que ansían claridad, que no ven claro de cerca comparado con la luz sin poniente que les desvela y pone versos en la boca.

Es impresionante verse *del otro lado,* más allá de la frontera que separa la vida de la muerte, la Historia —temporal— de lo eterno. Es un gran hallazgo poético este seguir todos los trámites de la vida a la muerte en uno, con una lucidez distanciada —sin estar— y sin regreso ni palabra para los que se quedan: desencarnarse, hacerse lejano dejando un hueco que se llena de recuerdo, de dolor o de olvido, según los grados del amor, la lejanía o la coincidencia profesional y azarosa del paisanaje o del domicilio. ¡Qué agudo ver y nombrar la luz final, traspasados los límites humanos! Y a partir de la instalación en la tierra —inhumación—, *comienza la aventura,* esta maravillosa aventura de ser sin estar, de no tener contacto humano sino comprensión, de lazarear sin que nadie se entere, de repasar la vida, que no vimos de tan metidos que estábamos en ella.

Cada sitio se ha puesto
a vivir sin mi cuerpo,
a crecer sin mi carne,
a mirar sin mis ojos.

Y me pasa que vengo
tras una larga ausencia
mientras todas las cosas
me siguieran amando...

Y el muerto va soñando su vida, su no estar, lo que fue con los otros, ya de imposible diálogo, de presencia insalvable. ¿Morir es quedarse solo o la soledad es cosa de los hombres, de la vida?

Ahora, entre los huesos,
crece, exacta, la nada,

la preocupante nada que pone tensa la vela —viento de trascendencia— del verso de Carlos Pinto Grote. Pero también es muy suyo el verso a la amada única —madre, esposa, amiga, amante—, a la que desde el sueño de la muerte dice con egregia hermosura:

Dime ahora,
qué color tiene el mar cuando le miras.

¡Ver cómo arde la vida sin estar, al margen del tiempo, que prosigue y se desvanece a manera de nube modelada y deshecha por un soplo invisible! ¡Qué delicada ternura en este sentir desde más allá, cuando se tiene la eternidad por delante, o la nada que no tiene fin! ¡Y esa paz de ser cosa en las cosas, naturaleza renovada, de manera «pasiva y vegetal, pero lograda»!

No puede el hombre comprender el mundo,
ni saber del amor,
sino desde la muerte.

Espléndido poema este libro, *Sin alba ni crepúsculo,* donde mana y manará un chorro limpio, fresco y humanísimo de poesía.

Sucede que era un hombre
tranquilo y provincial,
claro y sencillo.
Amaba.
Corría por su sangre la paz y la ternura.
Sucede que vivía
y que la soledad le acompañaba.

RAMÓN DE GARCIASOL